

Después del incidente Goldman

AGRAVAMIENTO DE LA TENSION EN ORIENTE MEDIO

Por PIERRE MENDES-FRANCE

Se prolonga, es decir, se agrava la tensión en Oriente Medio. Cada vez son más débiles los factores de distensión y cada vez más rígidas las posturas por ambas partes. Aumenta la inflexibilidad, la obstinación. Es posible que algunos pudieran pensar que el tiempo transcurrido jugaba, de hecho, a favor de una especie de estabilización o de paz. Hoy podemos comprobar que no se trataba sino de una ilusión peligrosa: en cualquier momento puede producirse un acontecimiento que vuelva a prender la mecha (y esta vez les resultaría difícil a los dos supergrandes no verse directamente implicados). Lo que sorprende es que no se haya producido esto ya.

Durante siglos, Oriente Medio ha sido el escenario de las rivalidades de unas cuantas potencias mundiales que tienen intereses allí y aliados y que no hacen más que multiplicar sus maniobras. No es esta la única causa del drama actual, aunque sí una de las más importantes. Los pueblos de la zona deberían haber comprendido hace tiempo que una paz duradera, fundada en su único y exclusivo provecho, sólo puede salir de acuerdos entre ellos mismos realizados al margen de las intrigas y empresas originadas en el exterior, contra las cuales deberían haberse rebelado: En este sentido, los israelíes tenían razón al declararse partidarios de un diálogo directo, pero se equivocaron al exigirlo en términos categóricos que ofendieron la susceptibilidad de las masas árabes después de la guerra de los Seis Días, permitiendo a los jefes árabes que se negaran a negociar, para remitirse, por último, a arreglos elaborados, una vez más, por terceros nada objetivos. Ahora bien, hoy

como ayer, ninguno de los cuatro grandes aborda los problemas del Oriente Medio sin segundas intenciones y todos, sin excepción, persiguen ventajas políticas, militares, petrolíferas, etc. Además, por esas mismas razones prefieren hacer el juego a los Estados árabes, con los que están ligados mediante acuerdos a veces inconfesables, antes que reconocer una realidad palestina que no representa ni explica auténticamente ninguno de los gobiernos en el poder. Sólo que estos últimos se ven obligados a tener en cuenta las opiniones públicas de sus pueblos respectivos, muy influidos por las organizaciones palestinas; los fanatismos y los odios se exacerban. Este círculo vicioso dura ya tres años casi.

En estas condiciones, las discusiones que tienen lugar en Nueva York entre Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia no pueden conducir a ninguna solución auténtica. Sin duda, esos gobiernos tratan de impedir que los países de la región «cometan tonterías demasiado graves». Pero, salvo que se produzca alguna novedad, no están capacitados (aunque probablemente tampoco se lo propongan) para imponerles compromisos. ¿Cómo iban a hacerlo, si persiguen objetivos propios, divergentes o contradictorios entre sí y no se preocupan apenas de los verdaderos intereses de los pueblos en conflicto? En verdad, aunque se llegase por esa vía a algún acuerdo inevitablemente equívoco, no se trataría más que de una componente ambigua y provisional que estaría amenazada, desde el primer instante, por la persistencia de los rencores, de los complejos y de las segundas intenciones.

Hay que escapar de este callejón



sin salida, y es el gobierno de Jerusalén quien debe tomar la iniciativa, sobre todo después del muy molesto incidente Goldman. Los jefes de Estado árabes no están capacitados para ello, entre otras cosas debido a la situación más o menos caótica de sus Estados y a sus rencillas, y tampoco hay ninguna autoridad central palestina que pueda dar ese primer paso. Pero Israel puede dirigirse a ellos públicamente, darles a entender sin equívoco posible que, contrariamente a ciertas campañas, sus únicos objetivos son la paz y la seguridad, así como refutar energicamente las acusaciones de imperialismo y anexionismo que tan a menudo se le hacen, y proclamar su voluntad de dejar a todas las poblaciones del Oriente Medio que fijen libremente su destino. De ese modo, habría por fin una esperanza de paz y no sólo para las masas árabes, sino para el mundo entero; de ese modo, también podrían afrontarse obstáculos concretos dentro de un clima nuevo y según procedimientos que inventará fácilmente la ingeniosidad

oriental en cuanto cada una de las partes en litigio salve las apariencias.

Claro está que quedarán por resolver las causas de litigio. Cuando se las examina de cerca y se toma nota de las posturas de unos y otros, se llega a la conclusión de que muchos de estos problemas no son insuperables, mientras que otros pueden dar lugar a honrosas transacciones. Pero es preciso que, por vez primera, los deseos y las posibilidades de paz consigan desmentir a los pesimistas, a los que no ven otra salida que la guerra a corto o largo plazo.

Son necesarias unas maniobras políticas muy claras para descongestionar una situación envenenada, y mostrar a todo el mundo que, después de tantos sufrimientos y miserias, ha sonado, por fin, la hora de la razón. Hace falta reforzar el campo, donde hoy tanto cunde el desánimo, de todos los que, a un lado u otro, desean encontrar una solución. ■ P. M.-F.

Copyright © 1970. Agence Laure Forestier-TRIUNFO.

fortuitas declaraciones habían anunciado en dos ocasiones el deseo soviético de llegar a un compromiso (durante el bloqueo de Berlín y durante la guerra de Corea).

Inmediatamente se prepara el combate diplomático en Washington. Rogers encarga a Yost que intente descubrir las intenciones reales de Malik. Los americanos, por su parte, hacen votos para la «vuelta a Ginebra». «La comunidad internacional debería tener un papel más importante y, en el contexto de los acuerdos de Ginebra de 1954 (que no firmaron los americanos) y de 1962, propugnar la preparación de una negociación», dice Rogers. Por su parte, Nixon escribe a todos los firmantes del Tratado

de 1962 para «pedirles su consejo».

Una conferencia presentaría, evidentemente, para los americanos la ventaja de «congelar», en Laos y en Camboya, una situación en trance de volverse desastrosa. Pero, casi inmediatamente, Malik da marcha atrás: «Una nueva conferencia de Ginebra no sería, en el fondo, nada realista en el momento actual». De hecho, para salir del callejón sin salida norvietnamita, los soviéticos exigen, ante todo, un «gesto» de los americanos.

El lunes, Nixon se decide. Anuncia la retirada de ciento cincuenta mil soldados americanos en el curso de los doce próximos meses, pero, sobre todo, desliza imperceptiblemente en su discurso el primer

ofrecimiento serio hecho a Hanoi desde el comienzo de las hostilidades: en términos apenas velados propone una partición del Vietnam del Sur. No es que convide a los vietcongs a representar el juego de los repartos, sino que se resigna a aceptar una situación que, de hecho, refleje la participación real de fuerzas en el país. La retirada de estos ciento cincuenta mil hombres no es más que una maniobra urdida para ganar tiempo. Pero el ofrecimiento de una partición territorial del Vietnam del Sur, realizada como una labor de filigrana, que se traduciría en una extensión del Vietnam del Norte hasta el paralelo 14, 13 ó 12 (al término, claro está, de serías

negociaciones), puede llegar a conmover a los tres supergrandes que hasta ahora se dan cita en la cuestión vietnamita.

En efecto, ciertos indicios (Pekín no ha denunciado la proposición francesa ni ha protestado contra las propuestas de Malik) hacen creer que China desearía, para Camboya y Laos, soluciones de neutralidad y quisiera que la paz se restableciese en Indochina lo más rápidamente posible. Su razón es, naturalmente, la misma que mueve a los soviéticos a consolidar sus retaguardias en la Europa oriental.

En ambos casos se trata de ganar movilidad para el gran afrontamiento siberiano. Por otra parte,